



CORTOCIRCUITO

Short circuit

LINA MERUANE

Lina Meruane (Chile 1970) enseña en el Global Liberal Studies Program de la Universidad de Nueva York. Su obra de ficción incluye los relatos reunidos en *Las Infantas* (1998), y las novelas *Póstuma* (2000), *Cercada* (2000), *Fruta Podrida* (2007) y *Sangre en el Ojo* (2012). Entre sus ensayos se cuentan su estudio sobre el impacto del Sida en la literatura Latino americana, *Viajes Virales* (2012), *Volverse Palestina* (2014) y la diatriba *Contra los hijos* (2014). Ha recibido los premios Anna Seghers (Alemania 2011) y Sor Juana Inés de la Cruz (México 2012) y becas de escritura de la Fundación Guggenheim (USA 2004), National Endowment for the Arts (USA 2010) y DAAD (Alemania 2017).

The connecting fibers in a human brain, extended, would wrap around the Earth forty times. Horrible, I thought.

Jenny Offill

El país se había quedado a oscuras. Era un inmenso cortocircuito sin velas. En otros tiempos, en otro lugar, su casa estuvo llena de ellas, largas, blancas, envueltas en papel azul, en paquetes de a seis, pero en este país la luz no se iba nunca. Nunca, hasta que se fue.

Y Ella, la que escribía bajo una lámpara mortecina que a medias iluminaba la noche, se quedó parpadeando, preguntándose si sería un apagón o un atentado en la vieja estación nuclear construida y abandonada durante la guerra fría. No muy lejos de su casa, esa energía caliente que en cualquier momento podía estallar.

Solían reventar los volcanes en su país del pasado, se subían los canales y los ríos, se estremecían los edificios en el roce perpetuo de las placas, o ardían los bosques hasta la raíz, las casas, los caminos y sus carteles, los panales, sus abejas, los pájaros aleteando, calcinados los cuerpos si no apuraban la evacuación.

Esos, sus cuerpos, poseídos por la luz.

La vieja batería no iba a durar y cerró su aparato. Esto me va a atrasar, le aulló a Él desde alguna esquina; se la oía abriendo cajones y buscando en vano una linterna. Él levantó una vez más su voz incendiaria para decirle, otra vez, otra vez, hasta cuándo, decirle que escribir horas tan largas podía hacerla estallar también a ella.

Meruane, Lina.
"Cortocircuito".

Kamchatka. Revista de análisis cultural 10 (2017): 217-225.

DOI: 10.7203/KAM. 10.10644 ISSN: 2340-1869

Pero no dijo estallido, dijo, quemándose la lengua en un café que no veía, que acababa de prepararse en la cocina y ahora equilibraba en su mano. Dijo cortocircuito.

Ella vio una chispa recorriendo su sistema nervioso. Se le levantaron los pelos, encendidos, vibrantes, eléctricos.

La amenaza colgaba como un cable pelado, entre ellos.

* * *

En una época la ciencia ambicionó dar a luz a los muertos. El monstruo vitalizado por un rayo eléctrico.

* * *

De golpe se encendieron todas juntas las ampolletas. Comenzaba la función. Ella se sentó a protagonizarla a expensas de sí misma. Escribía sin detenerse, esforzándose por apurar la máquina y acercarse al final de su texto. Ella escribía. Él tomaba siestas. Ella, lejos de terminar, se extendía por las páginas.

* * *

Imaginó que enfermaba gravemente. Se declaraba enferma para excusarse del trabajo asalariado. Pedía enfermarse. Se refugiaría en la pantalla iluminada. Con sus dos manos. Con las ochenta y dos teclas apretadas bajo diez dedos dejándose caer de manera intermitente. Las huellas impresas en una novela a la que le faltaban arduas semanas de mesa.

Be careful what you wish for, fue lo que Él le advirtió. La nariz apuntando al plato mientras murmuraba esa frase, como si fuera, Él, un condenado a cadena perpetua. El opaco prisionero de una casa donde más que vivir, ambos escribían.

Be careful. Hubo un pestañeo en la luz.

* * *

9 semanas. 63 días. 754 horas después de haber iniciado su novela. Un calambre en la espalda y entonces, la quietud.

Era un verano caluroso y húmedo por el que corría la brisa agónica de un viejo ventilador. Daba la hora 768 y Ella seguía tirada en la cama, con una manta eléctrica bajo la nuca, maldiciendo la mesa demasiado alta, la dura silla que ahora la obligaba a la posición horizontal. El latigazo cada vez que cambiaba de posición. Unos días más y me levanto, decretó, y subió al máximo la temperatura del aparato.

* * *

Después: bajo la ducha tuvo la impresión de que se le había desvanecido la piel. Se tocaba pero no se sentía. La toalla deslizándose como un soplo por su espalda.

No haber recibido señales del daño era preferible al ardor insoportable que se le instaló en el omóplato, después. Que se tomó el hombro, el cuello, el pecho. Después. Una quemadura invisible la arropaba. No había rastro alguno sobre su piel. El verano seguía recalentando los ladrillos afuera, y Ella, que se incendiaba al moverse, que moría al vestirse, siguió escribiendo desnuda en la cocina.

Le dijo: me quemé los nervios, las terminaciones nerviosas con la maldita manta. Se lo dijo extendiendo una crema fría sobre su hombro, sobre el pecho y la espalda. Él no podía verla desde la remota ciudad del congreso al que estaba asistiendo. Él no respondió, y en esa pausa a Ella se le cruzó la frase donde Lester King afirma que algunos síntomas son superficiales, otros intrascendentes, otros esenciales. ¿A cuál correspondería el hormigueo que se había sumado a su dolor?

* * *

Lo que se pregunta Eula Biss: de uno a diez, cuánto mide tu dolor. De uno a diez, piensa Ella. ¿Seis? Eula Biss asegura que cualquier dolor que una pueda sentir es el peor dolor que se pueda imaginar. Querría creer que hay un umbral para el dolor. Que existe una máxima intensidad que los nervios dejan de registrar.

* * *

Su Padre se había desmayado de dolor. Ella lo había visto caer por un pasillo, una vez.

* * *

Así se va terminando el verano, así, a medio vestir, se sube a un avión para ir a encontrarse con Él en la remota ciudad. La quemadura o su fantasma persisten pero su intensidad se va esfumando. Entre Ella y su dolor se instala un adormecimiento que comienza en el hombro y se extiende por el brazo hacia el codo hasta alcanzar el dorso de la mano derecha, los dedos donde todo comenzó.

Pero quizás no había comenzado ahí. El brazo dormido admitía otra lectura. Porque ya no eran sólo el hombro, la espalda, el pecho, el brazo, la mano, era el borde dormido de la cara.

Esas estaban siendo sus merecidas vacaciones. En las tardes siempre estaba peor.

* * *

Su Padre opinó –por teléfono, desde las antípodas– que no parecía necesario apurar el regreso por una parestesia. Su Neurólogo –en una lacónica línea escrita desde Nueva York– opinó que un nervio pinchado no debía alarmarla. Pero su Padre opinó –en otra llamada a la ciudad remota– que un nervio pinchado no debía ser. Su Madre opinaba lo mismo. Era demasiada opinión.

Escribió brazo dormido en su buscador y ya no pudo dormir.

* * *

Que no se apoyara en la puerta del elevador, decía su Padre cada vez que ascendían desde el subterráneo. Que no se apoyara, era peligroso. Pero Ella descansaba el peso de su cuerpo contra esas puertas que se deslizaban sobre sí mismas, una sobre la otra, al abrirse. Las hojas de acero se movieron y entre ellas quedó su brazo. Su pellejo apisonado y su Madre gritando, gritando, temiendo que el brazo quedara separado del cuerpo cuando el Padre, asiéndola con sus manos enormes, la arrancó de un tirón.

Su Padre le dio una paliza inolvidable que Ella, sin embargo, ha olvidado.

La Hija sentada sobre las piernas de su Padre con los ojos brillantes. Se los imagina a ambos con la mirada inflamada: él le cuenta un cuento que Ella tampoco recuerda.

Tantos momentos dormidos en la memoria.

* * *

Por fin llamaron a un médico. Esperándolo pidieron una sopa que se tomaron silenciosamente en el lobby del hotel. Y aunque a cada tanto levantaban la vista, el médico se les pasó por delante como un sonámbulo y se volvió a ir, sin verlos. Debieron esperar a que terminara su larga y remota ronda por la ciudad, esperar a que regresara, a mediodía. Campanas repicando desde lo alto de la iglesia.

Y tenía nombre de futbolista pero su manera de examinarla era la de un entrenador o la de un masajista. Le pidió que realizara una serie de movimientos coordinados en la pequeña habitación. Que caminara para adelante y para atrás. Que levantara los brazos para que él midiera su fuerza. Que se tocara la punta de la nariz con un índice y con el otro. Le metió un dedo entre cada par de vértebras, le torció el cuello. No era grave, a su juicio, pero no daba con un diagnóstico: pudiera ser un nervio aplastado por la hernia discal pero habría que mirarla bajo rayos.

No es un nervio estrangulado, insistía con impaciencia su Padre. La ramificación del nervio tiene un recorrido que no es el de tu síntoma.

Esa noche, entre las sábanas de la remota ciudad, Ella se frota el borde dormido del rostro. Sigue sin pegar ojo. Su pupila deambula por páginas médicas que asocian parestesia con enfermedades inflamatorias que terminan en parálisis. El ojo rueda, se desbarranca, golpea el teclado y lo despierta a Él. Apaga eso, susurra, atontado. Deja de leer esas páginas.

Esas páginas que su Padre le prohibió de manera terminante. Pero de todos, el médico al que más había ignorado Ella era su Padre.

* * *

Lo que decreta el Neurólogo a su regreso: las cervicales castigadas y un nervio aplastado por el trabajo. ¿Y lo de la cara, también será nervioso? El médico despliega una sonrisa ambigua, your nervous face. Producto del nervio o del nerviosismo, quién sabe. El Neurólogo debería saberlo, piensa Ella sintiendo que un calor le irradia la cabeza. ¿Podría no ser un nervio? Es un nervio, puntúa él. ¿Podría tomarme exámenes, para estar seguros?, dice Ella recordando la sugerencia del médico entrenador o masajista. Estamos completamente seguros, lo ve decir frotándose otra vez los ojos bajo unas cejas tupidas, seguros, ha dicho, estirando sus labios plásticos, mostrándole sus dientes esmerilados. Salvo que tú insistas. Insisto, insiste Ella ocultando sus dientes chuecos y cariadados. Sus muelas llenas de cavidades en las que distrae la lengua. Sabemos exactamente lo que van a mostrar las imágenes, sentencia el Neurólogo levantándose victorioso de su silla, terminando de escribir la orden para la resonancia magnética.

* * *

En la oscuridad, para orientarse, los murciélagos lanzan cientos de chillidos inaudibles que al devolverse les indican qué se mueve alrededor, intentando evadirlos. Lo que su miopía les impide ver adquiere forma en el eco. La resonancia, concluye Ella, es el grito ciego de la medicina. Un rayo que produce imágenes desde la oscuridad impenetrable del cuerpo.

* * *

Nunca estuvo en la caja de resonancia. Su Madre, que ya ha pasado por ahí, le sugiere cerrar los ojos y concentrarse en cosas agradables. Pero en la metralla de pitos Ella no logra encontrar una sola idea feliz a la que aferrarse. Se deja llevar entonces por la turbulenta sensación de estar nadando en altamar, de estar atravesando o intentando atravesar el Estrecho de Magallanes entre olas que la levantan y la dejan caer. Debe concentrarse en la respiración para alcanzar la orilla, ya no queda tanto, se dice, una y otra vez.

Y los días pasan como olas espigadas. Su vértigo es la espera.

* * *

El teléfono entrega dos noticias. La buena: ninguno de sus nervios estaba comprometido. La no buena: un mal de otro orden se ha hecho visible. Han encontrado algo en su columna. Algo como qué, responde Ella sentándose en una silla vacía de la sala de clases que acaba de terminar. Una inflamación en la médula cervical. Una estridente mancha blanca dentro de la nuca.

Pero en vez de citarla para presentarle su mancha espumosa, el Neurólogo la manda de cabeza a la caja radioactiva.

* * *

Está cumpliendo 46 años dentro de otra caja en la que deberá pasar aún más tiempo antes de ver la luz, afuera. Los pitos la aturden. No hay tragos ni torta. Está cumpliendo años dentro de esa

cripta llena de rayos y ronquidos inhumanos que le harían perder el oído y la razón si no fuera porque, ahí dentro, amarrada de pies a cabeza como está, quieta como debe, con una aguja incrustada en el brazo, nota que su cabeza empieza a vaciarse.

* * *

Una observación: Ella lo acompaña a Él a recoger unos exámenes. Su Gastroenterólogo chino les muestra, complacido, las cavidades internas de Él en sucesivas fotocopias a color. Él es rosado por dentro, rosado, piensa Ella, pero lleno de oscuros recovecos donde los ojos se pierden. Ella ha creído conocerlo mejor que nadie hasta que se asoma a ese órgano secreto.

Otra observación: lo que arroja la segunda resonancia sobre su médula. Lo que se ve en la pantalla: una inflamación viva de dos centímetros de largo. Lo que no se ve es la causa.

Podría ser un virus. A alguno le atrae el sistema nervioso.

¿Podría ser un mal hereditario, una predisposición genética? A los 35 años a la Madre se le durmió una pierna en el mismo país donde ahora vive su Hija. En este país le decretaron una enfermedad letal de la que iba a morir en pocos meses. Nunca se lo comunicaron y la Madre, sin saber que se moría, decidió no tomar los remedios que le habían recetado. Sin saber que se moría se quedó embarazada. Empezó a recuperarse sin comprender que su muerte era inminente. Tu hermano me salvó la vida, dice su Madre.

Podría tratarse de un ataque suicida: uno en que el cuerpo intenta destruirse como si fuera su propio enemigo. Ella ya tiene uno de esos males. Pero uno no es ninguno, dice el Neurólogo sin sonreír mientras desliza los ojos por un detallado informe de laboratorio. Va descartando una serie de virus innumerables e infinitas enfermedades autoinmunes. Pero no la esclerosis múltiple, que no puede diagnosticarse en la sangre.

Su cerebro muestra dos lesiones, pero hacen falta tres para asegurar una esclerosis. Tres manchas, una sola esclerosis que a la vez es múltiple.

La asaltó entonces el recuerdo de esa palabra. En otro verano, de vuelta de otras vacaciones, notó que le faltaba un pedazo de pantorrilla. Por ese pedazo ausente había llegado al Neurólogo de sonrisa plástica que le diagnosticó otro nervio pinchado. Mejor eso que una esclerosis múltiple, había dicho.

En una pausa del teatro al que Ella y Él asisten esa tarde, su Padre intenta calmarla asegurándole que una esclerosis múltiple sería un muy buen diagnóstico. Muy bueno, repite Ella asombrada y sombría. Comparado, hija, con un cáncer.

Podría ser un cáncer de médula. No se le había pasado por la cabeza, piensa al cortar la línea. Pero sí, se le había pasado por la mente y por los ojos. Una de las palabras del informe radiológico era neoplasia. Una palabra en la que se resume crecimiento asociado al cáncer.

Podría ser cáncer, ¿sería terminal?, se pregunta ya sin prestar atención a la segunda parte de la obra que debía distraerla.

Podría ser cáncer pero podría no ser nada. Idiopática es la palabra que indica esa nada, ese nunca saber: ser una de los muchos pacientes que se queda sin diagnóstico.

Nadie quiere tener una enfermedad anónima, había escrito Anatole Broyard sobre el cáncer que lo mató. Ella piensa que quizás sea mejor no saber, no identificar. Lo que no tiene nombre pronto se olvida. Lo que no tiene diagnóstico está destinado a desaparecer, o eso quiere creer.

Con su Madre nunca se supo. Un día su pierna despertó y ella siguió adelante. No fue ése el caso de su abuela: se le dormía un dedo del pie izquierdo por sobrecarga de trabajo. La abuela regresaba de su despacho quejándose de un dedo idiota o idiopático del que su Hija, la pediatra, se burlaba. Una mañana ya no fue el dedo sino un pie, la pierna, el brazo, el habla; horas después había perdido el conocimiento.

* * *

Corticoides intravenosos en tres dosis sucesivas seguidos de un lento descenso por la montaña rusa de las pastillas: esa es la indicación. Corticoides para su cortocircuito.

La Madre aterriza la misma mañana en que se inicia su tratamiento atómico. Se duerme mal acomodada en la sala de espera mientras a Ella la despierta esa droga administrada directo a la vena. Todo sube. Su ánimo. Su angustia. Su presión. Sus niveles de azúcar.

La Madre despierta despeinada, sin saber dónde. Se asoma al pabellón donde su Hija masca un chicle insípido a la espera de que termine de pasar el suero. Vas a engordar, dice su Madre chorreando vitalidad tras el descanso. La Hija junta las cejas en una interrogación. No te preocupes, pero vas a engordar. La Hija no sabe si le está echando una maldición o si se trata de un comentario informativo de su Madre que ha vivido obsesionada con la gordura. Engordar, piensa Ella, viendo caer la indecisa gota del suero. Lo que Ella quiere es no morir.

* * *

Alguien escribió –debió ser Virginia Woolf– que en la enfermedad uno se atrevía a expresar los afectos. O quizás no dijera eso sino, la enfermedad suele disfrazarse de amor. La Madre ha regresado a la sala de espera.

* * *

A la tercera descarga atómica, su cuerpo empieza a arder. I´m on fire, dice Ella, la enfermera responde ajá y se aleja sonriendo. Levita camino a su casa, junto a su pequeña madre, que apura unos pasos cortos. En cualquier momento se le abrirá la tapa de los sesos y su interior saldrá propulsado, dejando su envoltorio de piel y la carcasa de huesos tirados sobre el pavimento.

* * *

La Madre ya se ha marchado. La Hija vuelve a espiar las páginas prohibidas y comprende que otro ataque de médula podría cortarle para siempre la luz. Dejarla ciega, otra vez. Otra vez, pero una vez definitiva. La prueba contundente la proporciona el rojo, le dice su Oculista en la consulta. Que cierre alternadamente los ojos y le diga si nota alguna diferencia. Pregunta nada sencilla para alguien que perdió hace años la discriminación del color.

No vez bien porque no limpias tus anteojos, le dice Él, que los pule cuidadosamente al despertar. Los cristales de Ella opacos de mugre.

* * *

Pregunta. ¿Quién será su médico tratante si no se sabe qué tiene? Respuesta. Su médico el intratable, el que anuncia que la esclerosis no es cosa suya y sin certeza todavía de su diagnóstico la deriva a una Neuróloga más joven, más rubia, más flaca, menos fugaz y mucho menos idiota.

* * *

¿Quién era ahora su médico tratante? Y quién sería la mujer que se paseaba por las calles de tierra de su infancia, con la cabeza envuelta en un turbante. La que se acercaba a la casa de la playa, la que tocaba la puerta como un augurio, frágil, pálida, ojerosa, la tela cosida a su cuero cabelludo. Y la Madre en un gesto de manos haciendo desaparecer a su Hija mientras le dibujaba, con los labios, el cáncer que esa mujer llevaba de corona.

Hubo otra mujer. El Padre se había detenido en el hospital para recoger unos documentos y se llevó a la Hija por escaleras y salas de espera y consultas de puertas abiertas y cerradas. Habían acortado el camino de salida desviándose por el pasillo que atravesaba el departamento de rayos. Ahí se detuvieron un momento, o se detuvo él, absorto en una pantalla donde ambos vieron deslizarse sucesivas rodajas de un cerebro partido en dos. Un cerebro como un libro, abierto. La expuesta materia de los pensamientos. Encorvado sobre la pantalla, el largo dedo del Padre fue trazando el perímetro del cráneo y las curvas del rugoso cerebro, y se detuvo sobre una mancha. Mira, le dijo, ¿ves esto? La masa cerebral se iba achicando en cada corte a la vez que la mancha aumentaba incrustada en el hueso. Una esfera blanca. Una bola compacta. Debe doler, murmuró Ella sin comprender lo que estaba viendo.

Para qué servía un cerebro en rodajas. Esas líneas precisas y contrastadas, esas, sus dos lesiones, auspiciando la confusión.

* * *

Lo que decía Adrienne Rich: el cuerpo no miente. Pero eso no es cierto. Lo que no miente es la imagen del cuerpo. Pero eso tampoco es cierto: la quimioterapia se irradia porque no puede verse

cada célula maligna. Ella había tomado esa nota de una cancerosa recuperada, esa idea y ésta: que la opacidad del cuerpo era una trinchera para el cáncer. “Si esto es una guerra, estoy peleando a ciegas”.